

## **7 La relación con el dinero como base para la educación financiera**

**Ivonne Ponce Naranjo**

### **INTRODUCCIÓN**

El interés en la educación financiera ha trascendido los límites nacionales para convertirse en otro factor de evaluación de la calidad educativa. Una muestra de ello es la inclusión de una prueba opcional para evaluar el conocimiento con respecto a los “asuntos del dinero” en la evaluación PISA 2018. Ya en 2012 los resultados de este cuestionario habían mostrado conocimiento escaso de conceptos financieros básicos en los jóvenes latinoamericanos. Y no se han registrado cambios significativos de un período a otro (OCDE 2014, 58-67; 2020, 50-1).

En el ámbito regional y mundial, la población juvenil está considerada vulnerable en cuanto a riesgos financieros debido a una insuficiente educación al respecto y por una tendencia cortoplacista asociada a la edad (Amagir et al. 2018; Fabris y Luburic 2016; Henager y Cude 2016). Todos estos factores indican que la información económica y financiera disponible, como las posibilidades de asesoramiento, permiten obtener conocimientos que ayudan a la toma de decisiones.

La preocupación por la denominada “inteligencia sobre el dinero” parece seguir concentrada en el acceso a programas de educación que, regularmente, tienen un grupo de interés como auspiciante. La insistencia en extender proyectos de educación financiera no es reciente (McCormick 2009, 72) y ha supuesto una

segmentación entre adultos, niños y jóvenes en los últimos años.

La oferta y evaluación de opciones de educación financiera se siguen concentrando en el manejo del presupuesto, sistemas de ahorro o disponibilidad de información sobre productos y servicios bancarios. Pero, se ha determinado la influencia de aspectos psicológicos y el andamiaje metacognitivo que cada individuo pone en marcha para actuar económicamente (Antonietti, Borsetto e Iannello 2016, 62-4). Esto significa que existen campos de análisis aún por explorar, que tienen relación directa con la actuación de las personas desde su relación con el contexto y su propia experiencia vital.

En el Ecuador se han difundido datos sobre la ausencia de educación financiera de la población, en los que se evidencia la falta de programas orientados a una alfabetización financiera. De acuerdo a la encuesta sobre inclusión financiera del Banco Central del Ecuador (BCE), nueve de cada diez personas en el país jamás recibieron capacitación sobre educación financiera, y de 442 encuestados a escala nacional, apenas 165 recibieron alguna vez charlas o material relacionado (Tapia y Yáñez 2019). Estos datos podrían ser motivo de los problemas que los ecuatorianos declaran tener al manejar el endeudamiento (AVAL 2013) ya sea por no tener el dinero suficiente, por la volatilidad de los ingresos o los imprevistos.

La educación financiera en Ecuador ha sido promovida desde el marco legal y, particularmente, desde la codificación de la Superintendencia de Bancos. Dicha resolución está ligada a la transparencia de las entidades y, en el marco de rendición de cuentas, insta a crear espacios para brindar información precisa a sus clientes, implementando programas de educación financiera para todos los grupos etarios y en todas las regiones del país.

Los conocimientos asociados a la educación financiera en jóvenes universitarios han sido estudiados desde una perspectiva cuantitativa, usando herramientas estadísticas para explicar comportamientos y tendencias (Cárdenas et al. 2020; Amagir et al. 2018; Shim et al. 2013). Los estudios de este tipo abarcan muestras

significativas dentro de la población y están enfocados en la búsqueda de patrones y resultados generalizables que orienten políticas públicas o iniciativas particulares de capacitación.

En este trabajo se planteó un enfoque diferente. Un estudio con pocos participantes para encontrar lo que los estudiantes universitarios conocían de la educación financiera y poder comprender la red de significados que atravesaban esos conocimientos. La base de esta propuesta se remonta a la ciencia social y la pregunta del qué, antes del cómo.

La indagación se inserta en el entramado individual: los deseos, los valores (lo que el sujeto realmente busca obtener por considerarlo beneficioso) y las necesidades (requisitos de bienestar) (Locke 1969, 318). El dinero se involucra con una medición, pero también con una comprensión, de la escala de valores, deseos y anhelos. Así, el constructo de la educación financiera se abre hacia las motivaciones internas, no desde los rasgos psicológicos, sino desde el efecto cultural.

Siguiendo esta línea, investigar al respecto de la educación financiera requiere pensar más allá de los estamentos normativos de lo que debería ser el bienestar financiero. Una base teórica que permite hacer esta extensión es el enfoque de capacidades (Nussbaum 2000; Sen 1992) y la perspectiva de justicia social. Las capacidades básicas, entendidas como el equipamiento innato para desarrollar nuevas y más avanzadas capacidades, dirige la atención inevitablemente hacia las condiciones socioeconómicas y cómo estas afectan o definen un comportamiento económico futuro.

Existe evidencia local, regional e internacional sobre la correlación de estudios universitarios y una mejor educación financiera (Cárdenas et al. 2020, 11-3; Henager y Cude 2016, 5-6). Tal evidencia se confirma cuando una persona que ha podido acceder a la educación superior obtiene un trabajo, un salario, una cuenta bancaria, seguridad social pública o privada, ingresos suficientes para aspirar al ahorro y un rango de consumo mayor, comparado con quien no culminó una carrera universitaria.

¿Es suficiente el trayecto de estudios en una universidad para lograr el denominado bienestar financiero? Los análisis de los programas de educación financiera establecen que el impacto que pueden generar, en los jóvenes principalmente, es una mejor conducta hacia el ahorro y el gasto. Pero esto sucede cuando la capacitación es continua y estructurada (Plata y Caballero 2020, 23); en cambio, dentro de las titulaciones universitarias —inclusive en las áreas administrativas y económicas— los diferentes cursos no son suficientes para que los jóvenes tengan la información y los conocimientos sobre el uso de instrumentos financieros (Vargas y Méndez 2018, 15).

Existe, entonces, un espacio no cubierto dentro de la investigación y corresponde a las variables culturales que pueden preceder al interés por los procesos informativos e instruccionales sobre la educación financiera. La percepción del dinero, en concordancia al contexto propio y a las creencias del medio. Con estos antecedentes, este estudio se acercó al fenómeno de la educación financiera en los jóvenes universitarios, desde la posibilidad de hallazgos comprensivos e interpretativos.

## **METODOLOGÍA**

El objetivo inicial del estudio fue indagar sobre las bases financieras de estudiantes universitarios en distintas titulaciones y universidades. Para el efecto se recurrió a una metodología cualitativa de modalidad fenomenográfica, donde las asunciones, los paradigmas y las estructuras se hacen explícitos en la escritura (Creswell 1998, 15). De esta manera, se buscaba comprender en profundidad un fenómeno y la interpretación del mundo social que hacían los participantes de la investigación, aprendiendo sobre el sentido que estos daban a sus circunstancias materiales, experiencias, perspectivas e historias (Ormston et al. 2013, 4).

La particularidad de realizar una investigación cualitativa en un campo en el que regularmente se encuentran trabajos cuantita-